

En la escuela de Tony Blair

Santos Juliá, El País, 19/04/1998

Había muchos motivos de "fury and conflict" entre los partidos Laborista y Conservador antes de las últimas elecciones celebradas en el Reino Unido y Tony Blair no ahorró mencionarlos en duros ataques a la política de sus adversarios. Pero el nuevo líder del laborismo británico, en una Declaración sobre el proceso de paz de Irlanda del Norte, publicada el 13 de febrero de 1996, puso todo su empeño en afirmar que en, lo que se refería a la paz en Irlanda del Norte, "trabajaremos con ellos, juntos, unidos, para situar la paz por encima de la política de partidos".

Muchos menos asuntos conflictivos alejan al PNV del partido conservador español. Desde hace dos años, los acuerdos han sido rápidos y sobre cuestiones sustanciales. En realidad, se llevan tan bien que hasta el vicepresidente del Gobierno es festejado por sus homólogos vascos y está a partir un piñón con ellos. Sobre todos los temas de calado político reina la más envidiable concordia; sobre todos, excepto el que se refiere a la estrategia contra el terrorismo. Ahí ocurre exactamente lo contrario de lo sucedido entre los británicos: las políticas de partido han ocupado siempre el primer lugar de la escena.

Es inútil señalar al responsable de semejante situación, pero cuando, tras los asesinatos de concejales del PP, la reacción más notoria del PNV ha consistido en agitar los brazos y alzar la voz alarmado por los réditos en número de votos que sus rivales podrían obtener de esos hechos, no queda nada por decir. Los partidos nacionalistas vascos nunca han estado interesados en situar la política de paz por encima de sus intereses partidarios por la muy sencilla razón de que identifican esos intereses con el ser de la nación. Es más, con la metáfora de que unos sacuden el árbol y otros recogen el fruto y con un ejercicio del poder que jamás ha situado entre sus prioridades la persecución de ETA, los nacionalistas del PNV no han dejado de alimentar las esperanzas mesiánicas de "esos chicos" a los que se dirigen como al hijo pródigo de la parábola evangélica: después de la juerga, algún lugar habrá para ellos en la casa del padre.

De ahí que ahora, cuando entre el Reino Unido y la República de Irlanda, con la participación del Sinn Fein y de los unionistas moderados, se han echado las bases de un proceso de paz, la reacción del PNV no puede ser más hipócrita. Todo el mundo, al parecer, tiene algo que aprender del coraje de los políticos británicos e irlandeses menos ellos. Ni los dirigentes del PNV ni los de EA tendrían que ir a la escuela de Blair -y de Ahern, comprometido a modificar la Constitución irlandesa en un sentido contrario a los objetivos nacionalistas-. La condición de alumnos queda para todos los demás, para el Estado español, que lleva 20 años parálítico, y para HB, que persiste en su "disidencia cívico-política". Mientras el Estado español y HB no aprendan de Blair, no hay nada que hacer, cantan a coro el PNV y EA.

Pues sí que habría algo que hacer; por ejemplo, leer a su maestro. Tony Blair, además de alabar la osadía de los conservadores para firmar la Declaración de Downing Street, aseguró en 1996 que el Sinn Fein no participaría en ninguna conversación ministerial de ninguna clase si no dejaba claro, sin sombra de duda, que abandonaba la violencia para siempre; que o todo el mundo jugaba con las reglas de la democracia o no se jugaba. Blair habló entonces de que el brazo de la paz no es débil, sino firme y paciente, que no se rinde a la violencia ni llega a ningún compromiso con ella. Su mérito es haber mantenido esa política, iniciada por su antecesor. Reglas de la democracia, acuerdos entre partidos, firmeza ante los asesinos: en eso consiste todo su coraje. Si los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco hubieran mostrado la mitad de ese valor y hubieran exigido a sus hijos pródigos, sin alentar falsas expectativas y ejerciendo su responsabilidad de gobernantes, el abandono del terror, otra sería ahora la situación de su país

Un lugar en la foto

Santos Juliá, El País, 14/06/1998

El papel político que viene desempeñando el Gobierno español en la Unión Europea reaviva los viejos complejos que casi por obra de encantamiento se habían tenido por superados en los años ochenta. Desde la revolución liberal, el Estado ha vegetado en cierta actitud de aislamiento, sin política exterior, sin firmes vínculos con las potencias europeas, refugiado en una neutralidad que no era sino manifestación de una impotencia. Patéticamente orgullosos de una diferencia de carácter, recitando el cuento de una gloriosa edad de oro, felicísimos en la honesta pobretería, pero corroídos por dentro de un sentimiento de inferioridad: así nos hemos pasado dos siglos. Bastaba darse una vuelta por París para que a todos los enamorados del Madrid castizo se les cayeran los palos del sombrero.

Todo eso fue como agua pasada con la llegada al poder de la generación del 68. Reanudando la tradición del 14, aquellos jóvenes hicieron las maletas para salir a los caminos de Europa y ampliaron su espacio vital con largas estancias en Estados Unidos. Más europeos que los más fervientes europeístas, suplieron con grandes dosis de voluntad política lo que ni por presencia histórica, ni por potencia económica, ni por fuerza militar correspondía a España: un lugar no ya destacado, sino de liderazgo en la construcción europea. Símbolo que cerraba una época, el momento en que más bajo volaba el Gobierno socialista por el patio interior coincidió con el más fuerte impulso que fue capaz de imprimir a la Unión Europea en su marcha hacia la moneda única.

A la gente del 68 han sucedido al frente del Gobierno los herederos de una derecha tan titubeante y tardía en su deambular por Europa como José María Aznar para encontrar su sitio en la última foto de familia. Sin duda, España ha cumplido los criterios de convergencia de Maastricht: los habría cumplido de todos modos, como sus vecinos, con este Gobierno que se atribuye el mérito o con cualquier otro. Pero, con un banco europeo en ciernes y con la moneda única en perspectiva, la cuestión central en la Europa de este fin de milenio no será ya de índole económica, sino política. La cuestión central será adecuar el nivel de democracia al de

integración económica en un momento en que la carrera para alcanzar la unión monetaria ha dejado sin resuello político a la Comisión.

El extraordinario invento que es la UE consiste en haber alcanzado un altísimo grado de integración económica y cultural a la vez que se fortalecían los Estados nacionales, lo que no habría sido posible si, como requisito de la unión monetaria, se hubiera planteado la creación de una especie de Estado federal con un Gobierno responsable ante un Parlamento elegido por sufragio universal. El resultado de ese singular proceso ha sido un espacio pluriestatal y multinacional muy integrado en lo económico, pero con un Parlamento carente de poder. De ahí la impresión de déficit democrático que afecta a sus instituciones, pero de ahí también que, alcanzada la unión monetaria, haya llegado el momento de un renovado impulso político. Abrir un debate sobre la elección del presidente de la Comisión y sobre las relaciones de ésta con los Gobiernos de los Estados y con el Parlamento de la Unión es una imperiosa exigencia de la renovación política que debe seguir a la unión monetaria. Nada es extraño, por tanto, que para después de la etapa Santer se haya lanzado la idea de la elección parlamentaria de un presidente que asegure el avance en la integración política de los europeos.

La altura de miras con que el actual presidente del Gobierno español ha afrontado este debate recuerda la refinada elegancia con que despachó la hipótesis de un viaje del Rey a Cuba. Y es para comprenderlo: en una Europa con Gran Bretaña, Francia y, tal vez, Alemania gobernadas por partidos socialistas y con una Comisión presidida por Felipe González, ¿cuánto tiempo necesitaría Aznar para encontrar su lugar en la foto?

Maneras de ser nacional

Santos Juliá, El País, 27/09/1998

Qué le vamos a hacer: El Viejo Topo no acertó ni una. El capitalismo ha derrotado al comunismo y las naciones a las que en airado gesto condenó al basurero de la historia siguen vivitas y coleando. Resultado: los proletarios internacionalistas han devenido clase media nacional. Las naciones que, como el capitalismo, tenían los días contados cuando Marx se vestía de profeta, han llegado a ser la cuestión central de nuestro tiempo, sobre todo en los territorios de algunos viejos Estados como el español, que albergan en su seno diversas y enfrentadas maneras de ser nacional.

La más pujante es la que siente la nación como una causa. Su figura retórica es la de nación como tarea, lucha, construcción: sus adeptos hablan el lenguaje de sacerdotes en misión, de soldados en la trinchera, de arquitectos a pie de obra. Afirman su existencia previa a la Constitución, pues se tienen como naciones "vigentes antes incluso de la aparición del Estado moderno en Europa". Llevan el ser nacional en la sangre, la lengua y la cultura y se afirman como comunidades étnicas que no han podido desarrollarse en Estado por haber tropezado con la barrera del Estado español; quieren ser soberanas y luego confederarse con otras naciones para que de ese pacto entre iguales surja como Venus un nuevo Estado confederal.

En el otro extremo se sitúan los que, a la vista de las ventajas que sus nacionales obtienen de entender la nación como una causa, quieren ser naciones aunque todavía no lo sean. El derecho le es reconocido muy gentilmente por los primeros cuando admiten que lo dicho en sus documentos sobre sus propias naciones es aplicable también a "otras realidades de pueblos y nacionalidades del Estado español", pues lo que importa para definir un pueblo o un espacio de derecho colectivo es "la voluntad de sus ciudadanos de desarrollarse como ámbito soberano". Aunque carezcan de lengua y cultura propia, basta la voluntad de ser nación para serlo. En esta manera caben andaluces y canarios, pero ¿cómo no habrían de caber también aragoneses y navarros, valencianos y leoneses, herederos todos de viejos reinos, éstos sí anteriores a la

aparición del Estado moderno en Europa? Lo dicho: si quieren, pueden ser nación.

Y luego quedan los que carecen de nación ni podrán nunca tenerla. No es una paradoja. Son los que no tienen más identidad nacional que la procedente de un Estado, el español; no de una nación, la española, inexistente pues carece de territorialidad definida. Esta última especie no siente la nación como causa que defender ni como voluntad de ser, sino a la manera de Renan: como plebiscito de todos los días, como ejercicio de la ciudadanía adquirida. Su identidad no radica en rasgos comunes étnicos o culturales, sino en el ejercicio de los derechos democráticos dentro del territorio del Estado. Como no tienen nación que construir a base de achuchones, ni que inventar a base de manipulación, no creen en derechos ni deberes colectivos y se las arreglan como pueden para practicar los individuales.

¿Es posible que en un territorio relativamente pequeño coexistan esas tres maneras, y todas las híbridas que se quiera, de ser nacional sin romper el pacto firmado hace 20 años? Los primeros dicen que no, que lo ahora vigente no es más que el resultado de un contexto histórico en el que no pudieron llevar su causa hasta el triunfo; los segundos replican que depende de lo que consigan los primeros; los terceros, más bien perplejos, recuerdan que en este territorio donde tantas naciones florecen, construir un Estado es muy laborioso y derrumbarlo es cosa de días; pero que, en fin, si todos los demás tienen a sus espaldas esa fórmula imaginativa que en Canadá llaman "clara mayoría", pues adelante y que sea lo que Dios quiera.

Nuestros aliados

Santos Juliá, El País, 20/12/1998

El orgullo de un país depende en buena medida del calibre de sus aliados. España nunca los ha tenido, de ahí que su orgullo como nación se haya alimentado tanto de retórica y tan poco de realidades sustantivas. De ahí también ese complejo de inferioridad que fue el resultado de no contar nada en lo que antes se llamaba concierto de las naciones y hoy se denomina, con idéntico abuso, comunidad internacional. Reconfortados con el relato de glorias pasadas, los españoles optaron casi desde el fin de las guerras napoleónicas por una política de retraimiento, cuyos efectos quedaron patentes hace un siglo: las potencias europeas abandonaron España a su suerte en el conflicto con la emergente República imperial americana que acabaría con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Desde entonces, la política internacional española se proclamó neutral más como resultado de una impotencia que de una decisión estratégica: éramos neutrales porque no podíamos ser otra cosa. La República no modificó esa posición y bien caro que le costó: cuando estalló la rebelión militar de 1936 y las potencias fascistas corrieron en ayuda de los insurrectos, sus presuntos aliados -Francia, Gran Bretaña- la dejaron plantada. El resto es historia viva: el fin de la neutralidad española quedó grabado en nuestras retinas con la multitudinaria bienvenida a Mr. Marshall. Al sentimiento de impotencia se unió el de humillación: en el concierto de las naciones, España fue durante décadas poco más que una fiel amiga de los países árabes y una pista de aterrizaje para los bombarderos de los Estados Unidos.

La incorporación a Europa puso fin a esta secular frustración; ser español ya no era indecoroso en los foros internacionales. Todo lo contrario: la energía macerada en años de exclusión que desplegaron aquellos españoles les propulsó a ocupar cargos de alta responsabilidad mundial, dando origen a una situación insólita que debía haber bastado para liquidar la otra cara del orgulloso aislamiento y de su correlativo complejo de inferioridad: el papanatismo ante el extranjero. Pues es el caso que a mayor exaltación de la patria, más ración de papanatas, como sigue

poniendo de manifiesto la élite dirigente del PNV cuando se le cae la baba sacando de excursión a un personaje tan impresentable de la clase política más desprestigiada de Europa como el honorable Cossiga. Idéntico papanatismo, por lo demás, que esos alardes de ser amigo íntimo de tal o cual líder político europeo, de ser confidente de Tony o de Helmut, o de hablar no se sabe cuántas veces a la semana con el presidente de los Estados Unidos de América.

Ese papanatismo es el que nos vuelve a golpear la cara cuando el Gobierno se da tanta prisa en mostrar la solidaridad de España con unos Estados a los que el ministro de Asuntos Exteriores llama "nuestros aliados" como si nos vinculara a ellos una especie de triple alianza. Un Gobierno que no presumiera de tanta amistad con Blair ni se mostrara tan solícito con el Tío Sam habría respondido de otro modo, expresando, ya que no su indignación, al menos sus reservas o sus pesares, ante el flagrante desprecio a la ONU, a su Consejo de Seguridad y a su secretario general que supone la decisión unilateral angloamericana de bombardear Irak. Un Gobierno menos acomplexado no habría extendido tan rápidamente el felpudo ante ese rebrote de nostalgia imperial que resuena en el saludo de Blair a los valientes muchachos de la Royal Air Force y en la tan evocadora figura del zorro del desierto con la que el Pentágono ha bautizado su televisiva acción.

¿Solidarios de nuestros aliados? Pues lo será el Gobierno, porque los demás hemos tenido ocasión de comprobar, si falta hacía, que lejos de ser aliados nuestros, el tándem UK-USA forma una alianza muy suya y que el Gobierno español, en las circunstancias que realmente cuentan, se da con un canto en los dientes si tales aliados tienen la gentileza de invitarle a cumplir el papel de comparsa.